

Benito Olmo

**LOS DÍAS FELICES**

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Benito Olmo Domínguez, 2023  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1148-160-1  
Depósito legal: M. 5.572-2023  
Printed in Spain

*A Fernando*

# Nota del autor

---

Estimado lector:

Siempre he pensado en la lectura como un juego y un desafío a la imaginación. Partiendo de esta premisa, me gustaría proponerle un pequeño experimento.

Esta novela puede leerse de la manera tradicional, esto es, empezando por la página 1 y terminando en la 289. Sin embargo, he alternado entre los capítulos un interrogatorio dividido en cuatro partes que vertebra y da sentido a la trama.

Un modo de lectura alternativa sería leer en primer lugar el interrogatorio al completo. De esa forma, dispondrá de información privilegiada que le colocará en un plano de conocimiento superior a la hora de encarar el resto de la historia. Después podrá leer la novela desde el principio, saltándose cada pieza del interrogatorio.

Dejo la decisión en sus manos. Sea cual sea la opción que elija, espero que disfrute la lectura.

Propuesta de lectura alternativa:

- 1: página 13 a la 16
- 2: página 59 a la 63
- 3: página 103 a la 110
- 4: página 193 a la 195
- 5: página 17 hasta el final



# I. Decisiones



# Interrogatorio (1)

---

¿Queréis saber cómo murió Junior?

Junior se pasó de listo. Tomó una de las peores decisiones de su vida en base a la absurda certeza que movía cada uno de sus actos: todo el mundo era idiota menos él.

Creerse más listo que la inmensa mayoría tuvo consecuencias fatales para el pobre Junior. Podría decir que no se merecía lo que le pasó, pero no quiero engañarles: el muy capullo hizo méritos de sobra para ganarse ese final.

Todo comenzó la noche que llevó a su padre a ver a la vieja Baobab.

Elijo ese día como podría escoger cualquier otro, ya que la insensatez de nuestro querido Junior viene de mucho antes, pero no creo que sea necesario resumir su vida y obra para que se hagan una idea de por qué terminó en aquella fosa con un agujero en el estómago del tamaño de una impresora barata.

De acuerdo, me ceñiré a los hechos.

Como decía, esa noche Junior llevó al señor Nielsen a ver a la vieja Baobab. Eso no formaba parte de sus funciones, pero el tipo que conducía de forma habitual no fue a trabajar ese día y le encargaron sustituirlo. ¿Qué podía hacer, si no? Tampoco es que haya un sindicato de matones al que hubiera podido quejarse, precisamente. Aunque existiera algo así, Junior no era de los que protestaban. Su mentalidad de soldado fiel no le dejaba mucho margen de ma-



niobra y tomar sus propias decisiones no se le daba demasiado bien. De hecho, ya saben cómo le fue la última vez que lo hizo.

Por eso, cuando le dijeron que tenía que hacer de chófer durante unas horas, se puso al volante sin protestar. En el fondo, se sentía afortunado por tener la oportunidad de conducir aquel inmenso Jaguar, aunque jamás lo habría reconocido abiertamente.

Junior apenas llevaba unas semanas en Frankfurt. Había regresado después de una infructuosa etapa de dos años en Holanda. Durante ese tiempo no hizo otra cosa que colocarse y delinquir de las formas más variadas e imaginativas posibles. Por eso, el señor Nielsen decidió traerlo de vuelta antes de que llamase la atención de las autoridades holandesas. Lo último que quería era que su hijo terminase detenido o encarcelado cuando aún no había cumplido los veinte.

Ordenó que Junior empezara desde abajo y lo puso a cargo de su seguridad, como un gorila más. De esa forma, se dijo, lo tendría controlado y lo vigilaría para que no cometiera ninguna estupidez.

Con el señor Nielsen acomodado en el asiento trasero del Jaguar, Junior arrancó y se dispuso a seguir al pie de la letra las indicaciones del GPS. Como de costumbre, su padre lo ignoró y dejó que su mirada se perdiera en el exterior, súbitamente interesado en cualquier cosa que pudiera haber al otro lado de la ventanilla. Junior se había habituado a volverse invisible cuando se encontraba en su presencia, pero ese día, al observarlo a través del retrovisor, tuvo la impresión de que algo no iba como debía. La frente arrugada y los labios apretados del señor Nielsen certificaban que estaba preocupado por algo. También le pareció que respiraba de forma pesada e incluso se permitía algún suspiro ocasional.

Más le valía estar en guardia, concluyó; por lo que pudiera pasar.

Cuando tomaron la carretera que salía de Offenbach, Junior tuvo que comprobar el navegador para asegurarse de que seguían en la dirección correcta. Las elegantes ruedas del Jaguar no habían sido concebidas para adentrarse en aquellos carriles polvorientos y lle-

nos de baches, aunque la suspensión se comportó con bastante dignidad. Observó de nuevo a su padre, por si acaso la visión de aquella carretera angosta lo perturbaba, pero este ni siquiera parecía darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—Haz el favor de mirar a la carretera —dijo el señor Nielsen.

¿Qué pasa? ¿Es que no quieren saber lo que sucedió? Entonces déjenme que lo cuente a mi manera. Me importa una mierda si les gusta o no. Pueden creer cada palabra. No gano nada con mentir a estas alturas.

—Disculpe, señor Nielsen.

Lo dijo con sorna, haciendo énfasis en ese «señor Nielsen» para sacar a su padre de quicio, pero este no pareció darse cuenta y siguió ignorándole sin piedad.

Junior volvió a mirar al frente, enfurecido por su propia torpeza, y resolvió poner todos sus sentidos en la carretera. Reconoció el sendero que conducía a Los Días Felices, el desguace regentado por el clan de los Popescu. Nada le interesaba menos que encontrarse con esa gentuza, cuya fama de pendencieros era legendaria. Había oído que en Los Días Felices se celebraban casi a diario veladas multitudinarias que incluían peleas de perros, de personas y de prácticamente cualquier cosa que pudiera mantenerse en pie el tiempo suficiente como para ofrecer un buen espectáculo. Normalmente, los Popescu no causaban problemas si no te acercabas a su territorio, pero eso era precisamente lo que estaban haciendo, así que Junior obligó al Jaguar a acelerar para salir de allí cuanto antes.

Una vez rebasado aquel recodo, la voz monocorde del GPS avisó de que se encontraban a cien metros de su destino.

—Aparca ahí —ordenó Nielsen.

Junior obedeció y estacionó frente a un chalet rodeado de una herrumbrosa valla metálica. El jardín estaba repleto de malas hierbas y se veían algunos trastos tirados aquí y allá, a un nivel de dejadez que le hizo pensar que se trataba de un caserón abandonado.

El señor Nielsen descendió del vehículo y se adentró en la parcela sin mediar palabra. Junior bajó con rapidez y estuvo a punto de preguntarle si quería que lo acompañara, pero se contuvo a tiempo. De haber querido compañía se lo habría dicho. Además, habría tenido que ser imbécil para dejar el Jaguar allí sin vigilancia. Por eso guardó silencio y se apoyó en el capó, dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta.

Echó una ojeada en torno. El lugar se encontraba desierto, pero la cercanía de los dominios de los Popescu era un motivo más que suficiente para no relajarse, de modo que se abrió la chaqueta y apoyó la mano en la culata de su pistola como por descuido. Esperó que eso bastara para disuadir a cualquier posible asaltante de intentar algo contra él, contra su padre o contra el maldito coche.

El señor Nielsen llegó hasta el caserón y llamó con los nudillos. Tras varios segundos, la puerta se abrió y dejó salir un débil resplandor de color violeta que se reflejó en su rostro con pereza, como si lo lamiera.

Y allí, recortada en el marco de la puerta, Junior vio por primera vez la silueta de la vieja Baobab.

**El interrogatorio continúa en la página 59.**

## Nielsen

---

Baobab estaba como siempre. Nielsen tenía la impresión de que un día envejeció de golpe y se quedó así, tan arrugada y ajada que los años resbalaban sobre ella sin encontrar un lugar en el que agarrarse. Hizo un esfuerzo para no quedarse mirando su peculiar barbita de chivo, compuesta por una docena de pelos blancos y gruesos como cables que asomaban de su barbilla como si fueran la parte visible de un entramado mayor.

—Hola, Arthur.

Poca gente se tomaba la libertad de llamarle por su nombre de pila, pero había confianza. Invitó a Nielsen a pasar al caserón, que en realidad era poco más que una cabaña pobremente iluminada por una lámpara de lava que hería la estancia de una penumbra de color violeta.

Baobab rodeó la mesa con pasos cortos y perezosos y ocupó su lugar habitual. Nielsen tomó asiento frente a ella. Se midieron en silencio unos instantes antes de que la anciana tomara la palabra.

—Ha pasado mucho tiempo.

—No tanto, en realidad.

—¿Cómo va todo?

Antes de responder, Nielsen echó una ojeada en torno. Todo estaba tal y como lo recordaba, como si no hiciera ya

algunos meses desde la última vez que estuvo allí. Reconoció los cuadros antiguos, las vitrinas repletas de objetos polvorientos y, en un rincón, el perro disecado en aquella pose absurda, con el hocico tan estirado que resultaba imposible saber si estaba sonriendo o implorando que acabaran de una vez con su sufrimiento. Los ojos de cristal no ayudaban a suavizar esa impresión, ni mucho menos. Nielsen se había preguntado alguna vez si aquella mueca terrorífica era intencionada o un error del artesano, pero tanto daba. Quien hubiera convertido el cadáver de aquel pobre animal en esa monstruosidad se merecía un tiro en las rodillas.

—Me vendría bien tu opinión.

Era una bonita manera de acometer de una vez los motivos que lo habían llevado hasta allí. Baobab se permitió saborear el momento antes de sacar de algún lugar bajo la mesa un mazo de cartas.

—¿Algo en concreto?

Nielsen llevaba varios días pensando en la mejor forma de presentar aquel asunto sin desvelar detalles que pudieran comprometerle, aunque tampoco es que importase demasiado. Baobab no necesitaba saberlo absolutamente todo para cumplir con su parte.

A priori, la decisión no era tan difícil. Dejar entrar a los nigerianos en el negocio era una decisión obvia, casi una consecuencia lógica. Había tantas ventajas implícitas en una relación con ellos que habría tenido que ser idiota para no verlo. La más importante sería abrir al fin el corredor africano, que tan buenos resultados había dado en el pasado. Todo indicaba que el futuro apuntaba hacia aquel continente y que una relación fluida con Ngoye y los suyos facilitaría mucho las cosas.

Si todavía no había tomado una decisión era por un motivo obvio: dejar entrar a esa gentuza implicaría ceder parte de su poder.

Nielsen había disfrutado de autonomía y libertad durante demasiado tiempo como para sentirse cómodo ante la posibilidad de rendir pleitesía a unos nuevos socios, que sin duda traerían consigo una serie de restricciones y exigencias que amenazarían su hegemonía.

Por eso estaba allí.

—Las cosas están cambiando —dijo.

—¿Para mejor?

—Tanto da. Sospecho que esos cambios me vienen impuestos y no hay nada que pueda hacer para evitarlos.

—Siempre tenemos opción, Arthur. No necesito decirte cómo funciona el mundo, ¿verdad?

Nielsen observó de nuevo al perro disecado. Sus ojos de vidrio le devolvieron una mirada plana, pero se permitió perderse en ella mientras pensaba en los acontecimientos de las últimas semanas. El sonido del mazo de cartas barajándose rasgó el ambiente y se obligó a contener el suspiro que había comenzado a ascender por su garganta.

—¿Qué debo hacer, Baobab?

Era la consigna. No necesitaba decir mucho más. La anciana dispuso una serie de cartas sobre la mesa y las observó con atención, sin dejar de acariciarse los pelos de la barbilla.

—¿Cuánto lo deseas?

¿Qué podía responder a algo así? No tenía ni idea y Baobab se hizo cargo de sus dudas con un cabeceo.

—Veo peligro.

Esa vez, alzó la vista y lo miró directamente, con el semblante serio y los ojos entrecerrados. Nielsen notó como varias gotas de sudor traicioneras brotaban de la nada y se deslizaban en el interior de su camisa. Trató de sobreponerse para que su voz sonara clara, a pesar de todo.

—¿Qué peligro?

—Veo el final de algo. Bien podría ser el tuyo.

Señaló una de las cartas. Nielsen tuvo que leer del revés para saber qué diablos simbolizaba aquella figura.

«La Luna».

No tenía ni idea de por qué esa carta en concreto era tan importante, sobre todo cuando a su lado estaba aquella otra, tan reconocible, ilustrada con un esqueleto sobre una inscripción tan temible como familiar: «La Muerte».

—¿Mi final?

Baobab no varió su expresión, invitándole a escoger él mismo la respuesta. A Nielsen le pareció que la decisión era obvia: a tomar por culo los nigerianos. Si tenía que haber un final, no iba a permitir que fuera el suyo. Obviamente, era más fácil decirlo que hacerlo, pero empezó a pensar en la mejor manera de plantearle aquel asunto a De la Fuente.

Sin embargo, como si hubiera intuido lo que estaba pensando, Baobab negó, muy despacio.

—En algo tienes razón, Arthur: no hay mucho que puedas hacer.

Señaló otra carta: «El Loco». Su rostro adquirió la gravedad de las malas noticias, como si la presencia de aquella figura implicase algo más allá de su entendimiento.

—¿Entonces no tengo ninguna posibilidad?

La anciana se encogió de hombros, «Eso no es cosa mía», y Nielsen sacó sus propias conclusiones: la alianza con los nigerianos se produciría, quisiera él o no. Oponerse solo serviría para acelerar el fin de su reinado.

—Tiene que haber una manera.

Fue consciente de que sonaba desesperado, pero no le importó. No pensaba rendirse. Solo un necio aceptaría un destino tan funesto sin pelear.

—¿Qué puedo hacer, Baobab?

La bruja hizo un gesto para darle a entender que aquello estaba fuera de sus competencias, pero Nielsen siguió fusilándola con una mirada implorante.

—Eres un gran guerrero, Arthur. Siempre has sido más fuerte de lo que crees.

—¿Pero?

—Ya no eres joven. Has perdido el ímpetu y el hambre. Tus rivales lo saben y piensan aprovecharse de ello.

Nielsen apretó los puños. Si cualquier otro se hubiera atrevido a dirigirse a él en aquellos términos, lo habría mandado ejecutar en el acto, pero a Baobab se lo permitía todo. O casi.

«No pienso caer sin pelear», estuvo a punto de responder, pero ignoraba si le dejarían intentarlo siquiera. Para ello, tendría que plantar cara a los nigerianos y a la mismísima De la Fuente, que no dudaría en ordenar su eliminación si echaba a perder el trato con los africanos. Se encontraba entre la espada y la pared, o más bien entre la espada y el resto del mundo, que venía a ser lo mismo.

Baobab extrajo de algún otro lugar de debajo de la mesa un paquete de tabaco y un cenicero. Se colocó un cigarrillo en los labios y lo encendió sin mirar a Nielsen, como si de esa manera resolviera darle algo de espacio para que rumiara sus preocupaciones.

—Ayúdame, Baobab.

Ni siquiera se molestó en no sonar abrumado, consciente de lo que estaba en juego. No pensaba marcharse de allí sin una respuesta. Necesitaba saber cómo enfrentarse a su destino y al más que posible ocaso de su carrera.

Baobab lo observó con detenimiento, como si le sorprendiera su determinación, pero Nielsen creyó ver algo más. Tuvo la impresión de que se estaba planteando si valía la pena ayudarlo. Tras unos segundos, la anciana dio una larga calada y dejó el cigarrillo en el cenicero con un gesto de resig-



nación. Como si hubiera decidido que, tal y como estaban las cosas, no perdería nada por intentarlo.

—Incluso un gran guerrero necesita algo de ayuda, de vez en cuando.

Dejó el mensaje en el aire y se puso en pie con lentitud, el peso de los años lastrando cada uno de sus movimientos. Se dirigió al aparador en el que se encontraba el perro disecado. Rebuscó en los cajones, uno tras otro, mientras negaba para sí misma.

Nielsen la observó sin disimular su excitación. Si había una posibilidad de superar aquel escollo, por mínima que fuera, estaba dispuesto a probarla. ¿Qué tenía que perder?

—Ajá.

Aquella única palabra lo alborotó. La anciana regresó a la mesa portando una hoja de papel que había sido doblada varias veces, como si hubieran querido reducir su tamaño al mínimo.

—Hay una manera.

Nielsen asintió, «Sí, lo que quieras», sin perder de vista el trozo de papel ni dejar de imaginar lo que iba a encontrar en su interior. ¿Tal vez un amuleto? ¿Una pócima que le devolvería el vigor y la confianza? ¿Una receta contra el mal de ojo?

Baobab desplegó con cuidado el documento ante ella. La desilusión hizo que Nielsen soltara de golpe todo el aire que estaba conteniendo.

—¿Qué diablos es esto, Baobab?

La hoja parecía haber sido arrancada de una revista. En el centro de la página había una fotografía de una hermosa pistola modelo Luger. Más abajo, una breve descripción incluía algunos datos técnicos, como el tamaño, el peso y el calibre, y la catalogaba como una antigüedad fechada en 1923. Una antigüalla que, a primera vista, no resultaba especialmente

bonita. Más bien parecía un armatoste que podría llegar a estallar si alguien trataba de hacerlo funcionar.

—Esto, Arthur, es un arma muy poderosa.

Nielsen buscó alguna señal de que estuviera bromeando, pero el rostro de la anciana había adquirido una trascendencia que antes no estaba allí. También el tono había cambiado y se había vuelto solemne. Reverencial. Como si hubiera tratado de imprimirle la importancia que el momento merecía. Tuvieron que pasar varios segundos antes de que empezara a considerar la posibilidad de que aquella maldita pistola fuera de verdad tan importante.

—¿Qué... qué tengo que hacer con esto?

Extendió la mano hacia la página y la dejó allí, sin llegar a tocarla.

—Pertenece a un militar muy valiente —explicó Baobab—. Con ella ganó batallas y obtuvo victorias donde otros habrían fracasado sin remedio.

Nielsen asintió, sin tenerlas todas consigo. La anciana continuó, ajena a su desconfianza.

—Obviamente, no se trata de un arma hecha para cualquiera. Necesita una mano poderosa que la sostenga. Si no, no es más que un trozo de chatarra.

Los ojos de Baobab brillaron de forma extraña al pronunciar esas palabras. Nielsen comprendió adónde quería llegar y notó un hormigueo nervioso en la punta de los dedos.

—¿Yo podría empuñar esa pistola?

En lugar de responder, la bruja colocó la mano sobre la hoja, justo encima de la fotografía del arma. Puso los ojos en blanco y murmuró una letanía. Nielsen apenas podía oírla desde su posición, pero algunos sonidos aislados le hicieron pensar que hablaba en un idioma desconocido, probablemente alguna lengua muerta que empleaba para sus hechizos, así que no se atrevió a interrumpirla.